



DE ACTUALIDAD

Ante una hora suprema

Se acerca, España, el día en que tu representación oficial popular en Cortes tenga que encararse con los problemas de vida o muerte nacional en la forma más grave que se nos ha presentado desde que empezó este derrumbe, esta disolución. Representación quiere decir responsabilidad, y no sabemos, España, si tu representación popular oficial, la salida del triste sufragio electoral de las malas artes y de la inconciencia, siente su responsabilidad. Porque los que con más tesón y con más insistente machaqueo estamos repitiendo lo de la soberana frivolidad hoy reinante en España, tenemos que reconocer que no es menor ni menos fatídica la frivolidad parlamentaria. Y es cosa, ¡Dios nos asista!, de la más lamentable tragicidad cotidiana el que haya que compensar y contrapesar una frivolidad con su contraria, la positiva con la negativa. Y que son convertibles entre sí.

Este Parlamento que va ahora a volver a reunirse, nació de uno de los más fatídicos compromisos que un político puede contraer; nació del acto, no sabemos si de locura o de tontería, de haber el desgraciado señor Dato—Dios se lo haya perdonado!—prometido en Llodio o donde fuese que llevaría a las Cortes una dócil mayoría suficiente para aprobar al dictado los proyectos que le presentara una voluntad que no habría de ser precisamente la del pueblo ni asesorada por él. Una voluntad, por lo tanto, despótica y del peor despotismo: del antiilustrado. Los intereses creados, los que, según dijo muy bien en el Paraninfo de la Universidad de Madrid el rey D. Alfonso, “con tal de conseguir su triunfo están siempre dispuestos a sacrificar la vida de la nación”, esos intereses creados—y recreados y algunos por recrearse—buscaban fraguarse una dócil mayoría representativa que sustituyese a la voluntad de este pobre pueblo abúlico, y más que abúlico, histérico y paráltico. La fatídica promesa del desgraciado Sr. Dato ha resultado carísima a la nación.

Y este triste Parlamento, amañado por las más tristes artes, y que ni aún así salió lo compacto y dócil que se esperaba, este triste Parlamento no tiene, no puede tener conciencia de su responsabilidad. A pesar de lo cual es un mal menor que el silencio de su

clausura. Y este Parlamento irresponsable, tan triste y tan fatidicamente irresponsable como el otro poder soberano y co-frívolo, este Parlamento de amaño ¿es el que va a exigir responsabilidades?

Y esto es peor que la revolución, porque esto es la disolución. No la del Parlamento, no, sino la de la vida política de la nación, la de su historia. Y seguirá la pavorosa anarquía despótica—o despotismo anárquico—en que nos revolvemos, ya que no vivamos; seguirá sustituyendo la acción policiaca, la policía, a la gubernativa, al Gobierno, y eso que llaman orden a la justicia. Seguirán el desgobierno policiaco y la injusticia ordenada. Y seguirá provocándose en las almas de los que sienten la inquietud de la libertad, de la verdad y de la justicia, el sentimiento del rencor, que es el lóbrego marradero en que se abrevan hoy, España, las almas de los más ardientes y más puros, pero los más desamparados también, de tus hijos.

Seguiremos rumiando el pasto amargo de los agravios diarios del poder, sin freno de razón.

Un ábrego de locura despótica sopla sobre nosotros todos. Arrastra, como el simún, arenilla del desierto, y por eso nos rechinan los dientes. Y no cae rocío alguno de justicia. A lo sumo quieren sustituir a ésta con la gracia, pero la gracia, donde no hay justicia, es la suma injuria, es lo diabólico.

De las cárceles españolas, llenas de inocentes, que saben que lo son quienes en ellas les metieron, de las cárceles españolas sale un silencio terrible. Pero ese silencio ha de parir algo más terrible que él. En esas cárceles están los ciegos servidores del loco pavor de una clase, incubando desesperados, que acabarán odiando a su patria, incubando rencorosos.

Este tristísimo Parlamento, el que nació de una promesa desatentada y torpísima, se reunirá con las garantías constitucionales en suspenso y con los guardadores oficiales del orden en franca rebeldía contra la justicia. Y todavía hay estulto tiranuelo gubernativo, o mejor policiaco, que insulta a sus víctimas y echa sobre los inocentes perseguidos la estupidez de sus sinrazones de sesera encallecida, y no por el estudio.

MIGUEL DE UNAMUNO

